

Jorge Encinas Cladera



Tres tazas de té y un recuerdo

Durante muchos años una negra sombra se extendió en nuestra Patria al recordar lo nefasto de la Guerra del Chaco. Mamá siempre me cuenta cómo mi abuelo había partido a la contienda sin estar convocado. A pesar que ha transcurrido mucho tiempo, aún se le quiebra la voz cuando rememora la triste despedida que acaeció en la Estación de Ferrocarriles de nuestra ciudad.

Sonaban los instrumentos de las bandas de músicos del Ejército entonando aires nacionales y hermosas cuecas, que sonaban presagando quizás un último adiós para aquellos que ya no iban a volver.

Siendo aún un niño, una tarde en la casa de la Abuela vi un gran despliegue de preparativos, servidumbre que preparaba bocadillos y llaban la sala victoriana, que tanto me aterraba. Detrás de aquello había algo especial que motivaba aquella algarabía. Muy confuso interrogué a la abuela, y de sus tiernos labios salió la respuesta. Me informó que vendría a tomar el té con ella una vieja compañera: Doña Laura Graciela de la Rosa Tórrez.

Era una amiga de la familia, que junto a una de las hermanas de mi abuela y otras mujeres habían formado la Liga Filleal Oruro. Cuando llegó la dama, observé que era muy distinguida y bastante guapa. Pero, quizás, lo que más me llamó la atención, fue esa su forma para narrar las atrocidades que le había tocado vivir en las trincheras de la Guerra.

Me maravilló al saber que ella, a pesar de lo adverso de la zona del Chaco boliviano, había estado en la línea de fuego. Por estos sus actos heroicos el ejército Boliviano la nombró su Heraldo.

Todo había comenzado en 1932, cuando un grupo de damas de esta ciudad entre las que se encontraban las señoras Blanca de la Rosa Tórrez de Rodríguez, Eulogia Taborga, Carmen Velasco de Suaznábbar, Deldamia López Rosse, Ninfa Delgado Rodríguez de Joffree, Carmela Delgado Rodríguez de Tejada, Teresa Cevallos Tovar, Elvira y Benigna Urquidí Pinto, Amalia Taborga de Zazatornil, Bethabé Salmón de Beltrán, Cella Guzmán Pavón, Berta Iturralde de Zuaso, Elsa Elena y María Elvira Arellano Romano y otras; se organizaron para ayudar a quienes cumplían los santos deberes con la Patria. Se ocupaban de escribir las cartas para aquellos familiares analfabetos, que deseaban hacer llegar una esperanza o un consuelo al ser amado que había partido. Brindaban servicios de correo en el transporte de encomiendas y ofrecían desayuno a los hijos de los que se marcharon.

Sus oficinas quedaban frente al Banco Nacional de Bolivia, y aquel lugar se convirtió en el eslabón principal entre los familiares y los combatientes, y Doña Laura había retornado de Chile donde prestaba servicios culturales en la embajada boliviana, como adjunta.

Junto a las damas de la sociedad orureña reunieron muchos libros que ella misma transportó hasta Villamontes para instalar la Biblioteca Militar de esa localidad.

Muchos años después, cuando conocía ese Infierno Verde, el pasado danzaba ante las pupilas de mi juventud arrogante. Soñaba con encontrar lo que

alguna vez había escuchado siendo niño.

En la década de los veinte, siendo muy joven, Laura Graciela de la Rosa Tórrez y Bethabé Salmón Farfías, crearon un suplemento periodístico denominado Femeniflor. Nació tal inquietud, mientras trabajaba en la óptica de su padre en la plaza 10 de Febrero. Tuvieron una gran acogida y fundaron el órgano de expresión de las mujeres de la época.

Pero, lo que transportó todas las peripeccias sufridas durante la Guerra se encuentra en las líneas de su libro titulado Mi visita a las trincheras y zanjas del velo, obra en la que narra las experiencias vividas por un grupo de damas de la Liga en visita a la línea de fuego.

En esa mezcla de coraje y aventura, ellas habían pensado que de lo profundo de la selva aparecería un héroe al estilo de las cintas de celuloide que proyectaban en el biógrafo de la Plaza y que se llamaba Palais Concert, pero la realidad era otra. Era la sangre boliviana que se vertía en las candentes tierras del Chaco sin comprender por qué se luchaba.

Citada la autora por Sandra Allaga Bruch respecto a su libro, manifiesta: "Casi todo lo que valía la pena me lo censuraron. Estaba tan chiquilla cuando escribí el libro que dije tal vez muchas cosas que no deberían contarse, que no se deberían decir, y todo esto lo sacaron. No pude encontrar los originales. Total, el librito parecía no más porque todo lo principal de la experiencia recogida que podía servir para mañana, desapareció".

Todo aquello y esa enigmática visita que quedó en los recuerdos de mi infancia, hoy se plasman en líneas que tocan las puertas de la eternidad. Cuando se marchó doña Laura, en la mesa de roble del comedor señorial de mi Abuela quedaron tres tazas de té vacías.

Jorge Encinas Cladera.
Escritor y poeta.
Miembro de la UNPE - Oruro.